

## EL ARCIPRESTE DE HITTA DESCUBRE UN PROBLEMA

MANUEL DURÁN<sup>1</sup>

**E**l *Libro de Buen Amor* es sin duda uno de los textos más heterogéneos y variados de la literatura medieval. Las secciones alegres, jocosas, vitales, aparecen rodeadas de fragmentos serios o melancólicos. Esta variedad contribuye a hacer más amena y agradable la lectura de la obra. Cada lector sabrá encontrar y saborear sus fragmentos preferidos.

Una situación jocosa muy cercana a la farsa, con elementos visuales que nos recuerdan una obra teatral y con contrastes ideológicos irreconciliables y al mismo tiempo inesperados, es la que nos ofrece el breve fragmento que describe los esfuerzos de los antiguos romanos, presentados como gente ruda e ignorante, y los antiguos griegos, sabios y refinados, que se resisten a ofrecerles las leyes que contienen las normas que deben regir toda sociedad digna de este nombre, temiendo que los romanos serán incapaces de entender y aplicar sabiamente dichas leyes. El Arcipreste comienza justificándose por introducir un tema poco serio:

<sup>1</sup> Manuel Durán Gili (1925) es profesor emérito de *Yale University*. Autor de 50 libros sobre Calderón, Cervantes, Fray Luis de León, Fuentes, Lorca, Machado, Neruda, Nervo, Paz, Quevedo y Valle Inclán, entre otros. Ha publicado alrededor de 180 artículos sobre teoría, crítica literaria, literaturas comparadas, historia de la literatura y varias ediciones críticas. Entre sus últimos libros se destacan su *Diario de un aprendiz de filósofo* (2007), *El viento del sol* (2011) y *Obra poética completa* (México 2013).

- 44 Palabras es del sabio é dísselo Catón:  
Que ome á sus cuydados, que tiene en coraçón,  
Entreponga plaçeres é alegre la rraçón,  
Ca la mucha tristeza mucho pecado pón.
- 45 E porque de buen seso non puede ome reyr,  
abré algunas burlas aquí a enxerir<sup>2</sup>.

El relato continúa describiendo el forcejeo entre los griegos, que se sienten superiores y no creen que los romanos merezcan leyes que no son capaces de entender, y los romanos, que insisten y no abandonan su proyecto. La solución: una reunión “en la cumbre”, en que un delegado griego y un delegado romano disputarán y llegarán a una conclusión. Y como en aquellos tiempos no había interpretación simultánea como la que se practica hoy en las Naciones Unidas, el debate se llevará a cabo “por señas, por señas de letrado.”

El lector puede fácilmente visualizar lo que sigue: los romanos escogen al primer ganapán que pasa por la calle, lo visten con ropas lujosas y elegantes, y lo enfrentan al delegado griego, un filósofo sabio y elocuente. Frente a frente, en sendas cátedras elevadas y rodeados por un numeroso público, inicia el debate el filósofo griego. Se levanta, muestra un solo dedo, y se sienta. El romano se levanta y muestra tres dedos. El griego se levanta de nuevo y muestra una sola mano, abierta. El romano, a su vez, “levantóse el vellaco con fantasía vana, mostró puño cerrado...” (57, *cd*)

La sesión ha terminado, la reunión “en la cumbre” lleva al delegado griego a una conclusión ineludible: los romanos merecen recibir las leyes, el griego ha declarado que hay un solo Dios, y el romano precisó que era un Dios formado por tres personas. El griego había dicho entonces que todo dependía de la voluntad de Dios, y que el romano había precisado que Dios tenía todo el Universo en su poder. Los romanos entendían perfectamente el poder divino y la esencia tripartita en la Trinidad: merecían ampliamente las leyes.

Pero la versión que da el romano a sus amigos (y admiradores) es totalmente, risiblemente, distinta:

<sup>2</sup> Cito por la edición de Jean Ducamin, c. 44-73 (Juan Ruiz, Arcipreste de Hita. *Libro de Buen Amor*, Tome VI de la première série de la Bibliothèque Meridionale, Toulouse, 1901).



*Composición de E. Ramos representando al Arcipreste de Hita y algunas de las figuras de su obra en la edición de José María Castro y Calvo (Zaragoza: Ed. Ebro, 1960)*

- 61 Pregunto al vellaco cuál fuera su antojo.  
diç: “dixo me que con su dedo me quebraría el ojo.  
“Desto ove grand pesar, e tomé gran enojo.  
“E Rrespondíle con saña, con yra e con cordojo,
- 62 “que yo le quebraría, ante todas las gentes,  
“con dos dedos los ojos, con el pulgar los dientes.  
“dixo me, luego após esto, que le parase mientes,  
“que me daría grand palmada en los oydos rretenientes.
- 63 “Yo le respondí que’l daría tal puñada,  
“que en el tiempo de su vida nunca la vies vengada.  
“Desque vio la pelea tenje tan mal aparejada,  
“dexxo se de amenaçar do non le preçian nada.

La situación es absurda y cómica. No es solamente el villano e ignorante romano, disfrazado de sabio filósofo, el que no ha podido entender el mensaje del delegado griego, y ha respondido en forma vulgar y amenazadora, pero además el delegado griego ha interpretado mal los gestos del romano, reconociendo un mensaje filosófico y teológico que ciertamente estaba muy lejos de lo que el romano expresó con sus gestos. Esta falta de verdadera comunicación, este malentendido hilarante es, en efecto, cómico: uno de los resortes del humor es ver, reconocer, en otra persona (pues reírnos de nosotros mismos es más difícil, más psicológicamente complejo) alguna falla, algún defecto, alguna equivocación que nos lleva a pensar (en voz baja, quizá en nuestro subconsciente) que “yo soy más listo, yo no caería en esa trampa, ese pobre diablo merece mi desprecio, cuánto me alegro de no ser tan estúpido...” Y, además, no tenemos más remedio que preguntarnos qué es lo que los pobres romanos harán con las leyes que los griegos les van a ofrecer ahora, cómo y de qué manera las van a interpretar (mal, sin duda) y aplicar (torpemente, sin ningún resultado práctico y ético, también sin duda).

Pero antes de seguir por ese camino será mejor volver al Arcipreste, que casi inmediatamente después del incidente cómico del griego y el romano nos indica otro camino, prometedor y fructífero.

Las situaciones cómicas, como la que el libro del Arcipreste acaba de describir, no son insignificantes o desechables, las burlas algo nos dicen, un mensaje nos envían digno de examen e interpretación:

La bulrra que oyeres, non la tengas por vil;  
La manera del libro entiéndela sutil. (65, *ab*)

Si tomamos como punto de partida el espectáculo cómico, “la burla”, y queremos seguir el camino que el Arcipreste nos ofrece, nos preguntaremos cuál es la importancia del malentendido, de las interpretaciones erróneas de mensajes que no hemos logrado entender. Mensajes que en nuestras vidas, o en las vidas de nuestros países, en la historia, han cambiado el curso de los acontecimientos de manera imprevisible, a veces en forma cómica, en otras ocasiones desembocando en una tragedia quizá evitable. Quisiera ofrecer varios ejemplos de errores y malentendidos que merecen nuestra atención y muestran que el “sutil” mensaje del *Libro de Buen Amor* puede a

veces, en forma muy rápida, pasar del malentendido a la tragedia, o a una situación confusa y casi insoportable.

Cuando dos culturas se enfrentan los errores de interpretación son inevitables. En el largo viaje de exploración de Lewis y Clark por el Oeste del continente norteamericano los viajeros observaron que los indígenas les ofrecían regalos, pero poco después parecían arrepentirse y pedir que les devolvieran aquellos regalos. En realidad los indígenas no ofrecían regalos sino más bien buscaban un intercambio de objetos y mercancías. Esta actitud creaba irritación en ambas partes, y más tarde dio origen a la expresión despectiva “Indian Giver”, casi un insulto. Lo mismo ocurría cuando los indios vendían tierras a los blancos: los indios creían vender el derecho a cazar en aquellas tierras, los blancos creían haber adquirido un dominio absoluto. Las querellas envenenaban las relaciones entre los dos grupos.

Como hemos visto en el texto del Arcipreste, el malentendido es un gran recurso cómico, y como tal ha formado parte de toda clase de farsas, comedias, y chistes. “Errare humanum est.” En el texto del Arcipreste ambas partes se equivocan al interpretar el mensaje de la otra parte. Pero puede ocurrir que el error afecte a una parte nada más, incluso a una sola persona, a veces con consecuencias trágicas. Vemos ahora un ejemplo histórico, relatado por una observadora de la vida cotidiana de la Francia de Luis XIV, la Marquesa de Sévigné. Viuda, con una hija que vive en provincias y quiere estar al corriente de lo que sucede en la Corte, Mme. de Sévigné le escribe innumerables cartas llenas de detalles concretos que van de los sucesos de mayor importancia política a los chismes de menor importancia histórica pero de gran interés humano. En una carta fechada el 26 de abril de 1671 describe la angustia rayana en desesperación del gran cocinero Vatel, próximo a preparar un gran banquete para el monarca y muchos miembros de la Corte a base de pescado y mariscos, que ha encargado a varios puertos de Francia pero que teme no van a llegar a tiempo. Se pasea, nervioso, ha pasado varias noches sin dormir, otea el horizonte en busca de los carros que no llegan. Por fin llega un solo carro con pescado, a la vanguardia de muchos otros que van rezagados. Vatel pregunta: “¿Eso es todo?” Y el carretero contesta que sí, queriendo indicar que es todo lo que cabe en su carro. Vatel entiende —aquí se establece el malentendido— que no llegarán más carros con pescado. El cocinero se cree arruinado, deshonorado, toda su vida y su brillante carrera de cocinero famoso quedarán destruidas

para siempre. Se encierra en su habitación, asegura su espada en una rendija de la puerta, y se abalanza contra la espada. Muere a la tercera tentativa, mientras los carros con pescado van llegando en larga fila frente al palacio.

Pasemos ahora de la tragedia individual a la tragedia colectiva, es decir a una gran batalla, quizá la más famosa de todas las batallas de las guerras napoleónicas, la batalla de Austerlitz, en la que las tropas francesas se enfrentan a los ejércitos, más numerosos, de Rusia y Austria.

Los ejércitos de Rusia y Austria se han dado cita para reunir sus fuerzas cerca de Austerlitz, en el corazón de Europa, poblado situado en lo que es hoy la República Checa, el 2 de diciembre de 1805, pero –y aquí empieza el malentendido– el calendario vigente en Rusia difiere del calendario del resto de Europa en unos pocos días. Y nadie se da cuenta. Los rusos llegan tarde a la cita. Esto da tiempo a Napoleón, que examina el terreno, concluye que la meseta de Pratzen le permitirá dominar el campo de batalla, y consigue apoderarse de ella fingiendo una retirada parcial. La victoria le permitirá imponer su voluntad en el continente durante largo tiempo.

Algunos malentendidos suelen nacer espontáneamente. Otros, en cambio, surgen de maniobras deliberadas en que una parte miente para conseguir la victoria parcial o total frente a un enemigo peligroso. Pensemos en Ulises frente al Cíclope, el fortísimo y violento Polifemo, que le pregunta cuál es su nombre, y Ulises contesta: “Me llamo Nadie”. Más tarde el Cíclope, herido por Ulises y ciego por obra de Ulises, se queja con grandes alaridos pidiendo ayuda a los Cíclopes vecinos, y cuando le preguntan por el nombre de su agresor contesta: “¡Nadie me ha atacado!” y tras esta declaración, tras este malentendido, se declaran incapaces de socorrerlo, ya que su desgracia es debida a un destino insoslayable o a la voluntad de alguna divinidad hostil.

El subterfugio o simplemente la mentira han sido siempre, y siguen siendo, armas eficaces en las contiendas personales y los conflictos entre naciones. El gran maestro de la decepción y la mentira en el siglo XX fue indudablemente Adolf Hitler. En la reunión-cumbre de Munich en 1938 en la que tomaron parte Alemania, Italia, Inglaterra y Francia estas dos últimas se dejaron amedrentar y aceptaron que la zona de los Sudetes pasaría a manos de Alemania, privando a Checoslovaquia de una importante zona agrícola e industrial. Al final de la reunión, inquieto y quizás sintiéndose culpable, buscando

desesperadamente una posible justificación de su conducta, Neville Chamberlain pidió una entrevista privada con Hitler. El resultado de la entrevista fue un “tratado” de una sola página en que cada una de las partes prometía no atacar a la otra. Aquella página fue mostrada con gesto alegre por Chamberlain a la muchedumbre que lo esperaba a su regreso de Munich: “Os traigo una paz con honor. Paz para nuestro tiempo, para nuestra época...”. Pero aquellas palabras triunfales ocultaban un peligroso malentendido. Lo que Hitler pensaba acerca de aquella hoja de papel era totalmente distinto. Cuando su Ministro de Relaciones Exteriores, Von Ribentropp, se enteró del contenido de aquel mini-tratado y expresó su preocupación, Hitler le aconsejó que se calmara y se olvidara del asunto, ya que se trataba simplemente de un subterfugio para distraer y despistar a los ingleses.

Pasemos a la historia de la literatura, en la que sobresalen algunas obras de gran importancia en las que el malentendido ocupa un lugar esencial. Pienso ahora en dos obras de la literatura inglesa en las que el malentendido ocupa un lugar central, y una novela hispana que también gira en torno a un malentendido que ocupa casi todas las páginas de la obra, y es –nada menos– *Don Quijote de la Mancha*.

El autor central de la literatura inglesa es, indudablemente, Shakespeare. Y una de sus más poderosas tragedias es *Othello*. Todo el final de la obra está dominado por un cruel malentendido en que el envidioso y vil Iago trata de envenenar el ánimo de Othello insinuando que Desdémona le es infiel. Poco a poco crecen las dudas de Othello. Un pañuelo en manos de Desdémona cuya procedencia la pobre e inocente esposa no sabe explicar claramente determina el trágico, y en cierto modo inevitable, desenlace. Desdémona muere víctima de un malentendido y de la convicción, muy arraigada en aquella época, de que las manchas al honor únicamente con sangre se lavan. (Nuestro teatro del Siglo de Oro ofrece varios ejemplos de esta actitud, que todavía hoy encontramos firmemente arraigada en varios países musulmanes.)

Otro libro importante de la literatura inglesa es la novela de Jane Austen *Pride and Prejudice* (Orgullo y prejuicio). Menos afortunada que el teatro de Shakespeare, esta obra ha tenido poco eco en los países hispánicos, a pesar de que su fama ha ido creciendo con el paso del tiempo. Ha dado origen a varios films, y a numerosas interpretaciones críticas. Posible precursora de Dickens, excelente creadora de personajes memorables, la novela habría encantado a Galdós, que no



alcanzó a conocerla. Su éxito editorial es impresionante: se han vendido 200,000 ejemplares en el transcurso del tiempo. La autora es muy hábil en la creación y las conexiones de los personajes secundarios. Pero no hay que olvidar que la trama de la novela, el motor central que nos conduce hasta el final feliz, es un malentendido. La novela nos presenta a cinco muchachas jóvenes, en busca de novio, y una madre resuelta a encontrarles marido por todos los medios posibles o imposibles. Un nuevo vecino, el caballero D'Arcy, es candidato perfecto: joven, hermoso, riquísimo. Pero choca inmediatamente con la más simpática, inteligente, y atractiva de las muchachas. Parecen irritarse mutuamente, interpretan mal cualquier comentario, llegan casi a odiarse. El curso de la novela deshace poco a poco el malentendido, hasta llegar al final feliz que todos los lectores deseaban.

Y llegamos por fin a lo que era obviamente nuestro objetivo: el *Quijote* es, ante todo, una novela basada en el malentendido, un malentendido entre Don Quijote y el ambiente a su alrededor. Alonso Quijano se ve a sí mismo, y ve o interpreta todo lo que le rodea, personas, cosas, detalles, diálogos, a través de un filtro que enaltece, dignifica, ennoblece cada experiencia. Sospecho que a pesar de la amargura de tantos fracasos y tantas caídas el héroe cervantino goza intensamente sus aventuras y desventuras. No cabe explicar de otra manera su siempre renovada energía, su deseo de salir una y otra vez a recorrer caminos que lo llevarán inexorablemente a sorpresas con frecuencia desagradables. Y cuando al final de la novela reconoce su fracaso nosotros, sus lectores, nos sentimos tan deprimidos como el héroe de la novela cervantina. De un mundo en tinte colorido pasamos a la gris realidad cotidiana.

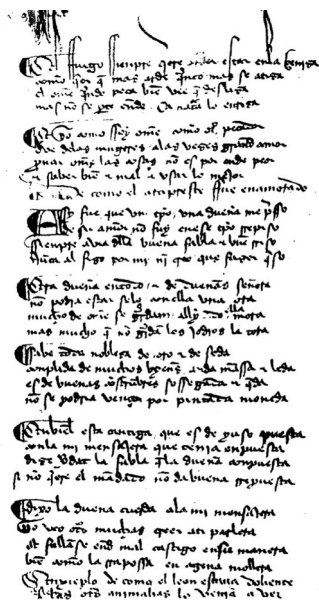
Quisiera terminar estas páginas con dos breves comentarios. Ante todo, debemos reconocer, tras nuestra excursión por la historia real y la historia literaria, que el Arcipreste tiene razón cuando nos aconseja que: “la bulrra que oyeres, non la tengas por vil; /La manera del libro entiéndela sotil.”, y que es mucho lo que podemos aprender de nuestros clásicos, que esperan pacientemente en los estantes de nuestras bibliotecas deseando que nos acerquemos a ellos en busca de belleza, sabiduría y sentido común.

Mi segundo comentario es una nota personal. Cuando yo cursaba la carrera de abogado, y por motivos que hoy no comprendo del todo, me interesaba encaminar mis estudios hacia la diplomacia. Me



acerqué a las Naciones Unidas como lugar esencial para las actividades diplomáticas, y trabajé algún tiempo como intérprete simultáneo, trabajo difícil y de gran responsabilidad. Se negociaba un tratado comercial y las negociaciones habían llegado a un punto crítico. El delegado de Francia empezó su discurso: “Nous demandons...” (Nosotros pedimos...). Y el intérprete que lo traducía al inglés, por un error inexcusable, tradujo: “Nosotros exigimos...” (We demand). Se produjo un revuelo. Muchos delegados se levantaron dispuestos a abandonar el debate, y empezaron a marcharse de la sala para mostrar su protesta y su indignación. Otros habían escuchado al delegado francés sin escuchar al intérprete y trataban de retener a los que se marchaban.

En aquel momento comprendí que la palabra “malentendido” era esencial si quería entender el mundo que me rodeaba. Y que la diplomacia era un ambiente confuso y turbulento, propicio a la incomprensión y al caos. Decidí abandonar mis pretensiones diplomáticas y me marché a la Universidad de Princeton para hacer un doctorado bajo la sabia supervisión de D. Américo Castro. Y no me ha ido tan mal...



Facsímil de la caligrafía del manuscrito  
 Salamanca de El Libro de buen amor, folio 7 rº